

lo era el M. R. P. Fr. Antonio de Mendigutia, padre mas digno de esta provincia de Zacatecas. Antes que yo ejecutara esta diligencia, ya habian trasladado el venerable cadáver á la referida casa con unas solemnes honras que se le hicieron en que predicó el Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio de Castorena, dignísimo obispo de Yucatán y primo tercero del venerable padre Fr. Juan de Angulo, celebrando la misa y cantando la Epístola y Evangelio tres primos terceros de dicho venerable padre.

Al siguiente año con cédula real que tuvo para hacer informacion de las virtudes y maravillas del venerable padre Fr. Juan de Angulo el Illmo. Sr. Dr. D. Nicolás Cervantes, dignísimo obispo de Guadalajara, pasó á la ciudad de Zacatecas, y habiendo visitado nuestro convento, pidió al reverendo padre guardian y al reverendo padre mas digno de la provincia que tenian dos llaves de la caja en que estaba depositado el cuerpo del venerable padre, y la que yo ya habia remitido, que le manifestasen el cadáver de dicho venerable padre; lo que ejecutaron con devocion y gusto á vista de innumerable concurso; y habiendo notado todas las particulares circunstancias del venerable cadáver, su señoría ilustrísima y su secretario y familia, se volvió á depositar el venerable cuerpo en su caja, y su ilustrísima comenzó á poner en práctica la informacion de la vida y muerte del venerable padre Fr. Juan de Angulo en obediencia de la real cédula que se lo ordenaba. En este estado están las cosas de la informacion de la vida de nuestro venerable padre, paradas por muerte de su ilustrísima, y no sabemos las diligencias que hizo su señoría sobre este asunto desde este dia. La piedad divina disponga lo mas conveniente sobre esta materia, mediante las acertadas determinaciones de nuestra Madre la Romana Iglesia, á quien debemos estar sujetos en todo como oráculo infalible en este punto y en otros que toco en esta historia de vidas, virtudes, milagros, revelaciones y martirios de varones venerables, los que con humilde rendimiento sujeto á su correccion y censura.

CAPITULO XX.

Refiérense las vidas de otros venerables varones de la provincia, que florecieron en nuestros tiempos.

La hermosa diadema que á la apostólica provincia de Zacatecas vistosamente corona, la componen varias flores que en la diversidad de sus empleos forman diversos coloridos. En la vertida sangre que sus seráficos hijos derramaron por la exaltacion de la fé en sus fecundos terrenos, se simboliza la rosa, quien como reina de las flores está matizada de la púrpura. La azucena con sus candores, esplica la pureza y castidad en que se esmeraron, como en sus vidas queda referido, los hijos de esta provincia. Manifiesta la violeta en sus melancólicas sombras de penitencias y mortificaciones, y en la humildad de que es símbolo, el buen olor de la virtud de los confesores, y aunque cada una de ellas era suficiente á constituir varones eminentes; pero adornados estos de todas juntas, salen al teatro del mundo y á la pública veneracion de los fieles héroes esclarecidos en la república de los justos. Nunca faltaron á la provincia individuos que con su apostólica vida compusieran esta diadema de la provincia su madre, con las diversas flores de sus distintas virtudes; y aunque á los principios de su fundacion fueron mas ópimos los frutos, ó porque la mies era mas

abundante, ò porque la esterilidad de los corazones idólatras necesitaba mas cultivo para la introduccion en ellos de la evangélica ley; pero aunque en nuestros tiempos no sea este fervor tan intenso en todos, no han faltado varones apostólicos que con la voz de sus virtudes dejen de despertar nuestra tibieza al cumplimiento de nuestro instituto apostólico, y con el buen olor y color de sus virtudes, han contribuido al adorno de la diadema con que se corona su madre la provincia. Muchos son entre estos los que podia referir, de cuyas virtudes y ejemplo aun existen testigos oculares; pero habré de omitir muchos por no tener aquellas ciertas é individuales noticias que se requieren para la verdad de la historia, y solo referiré sucinamente el recto modo de vivir que tuvieron en estos tiempos cinco religiosos para que por las virtudes que de ellos apuntare, conozcan los discretos lo justificado de sus religiosos proceder en su apostólico instituto.

El primero es el R. padre Fr. Simon Marcos, hijo de la santa provincia de la Concepcion en los reinos de Castilla. Tomò el hàbito el año de 1670 en el convento de Valladolid de dicha provincia, quien habiendo profesado y estudiado en ella, pasó en mision à esta de Zacatecas por el año de 1677. Luego que llegó à la provincia, dió à entender à todos en sus ajustadas operaciones y religiosa modestia los progresos felices con que se habia de adelantar en el camino de las virtudes, y como à estas acompañaban sus lucidas escolásticas tareas, en que sobresalió à todos los de su tiempo mediante oposicion que hizo, le hicieron lector de filosofía y teología, ejercicio en que no olvidando lo devoto, se ocupó quince años continuados, logrando la Providencia con su magisterio aventajados discípulos que despues la honraron de maestros, quedando el reverendo padre Fr. Simon declarado lector jubilado rigoroso. No le impedian las ocupaciones de la cátedra las tareas continuadas de confesonario y pùlpito, en que ganó para Dios innumerables almas; veíase favorecido de todas las buenas prendas que hacen à un predicador ilustre, porque la presencia era venerable, la voz clara y corpulenta, la facundia dulce y no enfadosa, la accion modesta y sin afectacion, airosas prendas que se nacen y no se adquieren; y como era en todas facultades docto, eran

sus discursos en la Sagrada escritura bien fundados, y como daba digerida la doctrina de sus palabras con la ejemplar práctica de sus santas obras, redujo innumerables pecadores obstinados, de donde se le siguió aquel verdadero aplauso que nunca alcanzó à viciar ni la vanidad ni la lisonja.

No dejaba una y otra de darle cruel batería à este venerable religioso, y conociendo como discreto que de estos lances el huir es el vencer, procuró seguir nuevo rumbo de vida con un desprecio total de las cosas del mundo y abnegacion de sí propio: para este efecto renunciando el voto perpetuo que por lector jubilado tenia, y todas aquellas dignidades à que por la mano le llevaban sus elevadas prendas naturales y adquiridas, renunció juntamente la voz activa y pasiva para todas ellas, no sin grave sentimiento de los prelados que gobernaban la provincia, porque veian en él un sugeto adecnado para todo; pero conociendo su espíritu, no quisieron oponerse à sus fervorosas ansias. Reducíanse estas à practicar la humildad mas profunda, y halló que siendo enfermero en el convento de San Luis podria conseguir su intento; pidió licencia à los prelados para ejercitarse en este ministerio, y obtenida, se ocupó en él lo restante de su vida con admiracion de todos los seglares y religiosos. Aplicaba por sus propias manos las medicinas à sus hermanos los religiosos enfermos, y los consolaba con tan angelical modestia y tan eficaces palabras, que con su asistencia y trato reconocian todos no solo alivio en sus dolencias, sino muchas mejoras en su espíritu. Procuraba por todos los medios posibles à su estado el regalo de los enfermos y para conseguirlo, salia personalmente por las plazas y calles à pedir limosna para ellos, trayendo en sus propias manos la que le daban los bienhechores por las calles públicas. Todos los dias barria por sí la enfermería, limpiaba los vasos mas inmundos y hacia las camas à los enfermos, y si algun religioso queria ayudarle à tan devoto ejercicio, le suplicaba rendidamente no le privara de aquel mérito. A estos ejercicios santos acompañaba la rígida observancia de su apostólico instituto, sin quebrantar en un àpice nuestra séráfica regla maceraba su cuerpo con rígidas penitencias, y consiguió por este medio sujetar à la razon las rebeldías del apetito. En la guarda de los sentidos todo el tiem-

po que fué enfermero, se portó tan observante y rígido, que no hablando mas que las palabras necesarias para el consuelo de sus hermanos y devotos, jamas se le notó haber mirado al rostro á muger alguna, pactando como otro Job, el recato de la vista en semejantes objetos.

Lleno, en fin, de dias y merecimientos, corroborado con el Pan Eucarístico por viático, y fortalecido con el escudo de los demas sacramentos, salió de la peregrinacion de esta mortal vida, á gozar, segun se puede creer piadosamente, de la eterna en la celestial patria, habiéndosele prolongado su destierro hasta la venerable y cansada ancianidad de mas de setenta años, que cumplió el año de 1698. Murió en la ciudad de San Luis, y la fama de sus virtudes ocasionó conmocion, no solo en San Luis, sino en los pueblos confinantes, que concurrieron á sus exequias con clamorosas voces, que publicaban sus virtudes. Diósele sepultura en el entierro comun de los religiosos de nuestro convento, en donde descansan sus cenizas.

El reverendo padre Fr. José de Castro, fué natural de la ciudad de Zacatecas, y dando cartas de repudio al mundo, acordándose de lo que le habia profetizado muchos años antes, siendo niño, el venerable Angulo, de que habia de ser religioso de San Francisco, pidió y tomó nuestro santo hábito en nuestro convento de la Concepcion de la ciudad de Zacatecas el año de 1670. Luego que profesó le aplicaron los prelados á los estudios de la filosofía y sagrada teología, en que salió tan aventajado que, habiendo tenido esta provincia sugetos eminentes en todas facultades, si no escedió, igualó á lo menos á los sugetos mas doctos de la provincia, no se desvaneció con las prendas naturales y adquiridas de que se habia adornado; antes solicitó, apartándose de los aplausos que podia grangearle su literatura, aplicarse al ejercicio espiritual de cura de almas, para cuyo efecto aprendió la lengua mexicana, y se coló de ministro de la doctrina en el real de Charcas; en este santo empleo se ejercitó algunos años con edificacion y consuelo de los feligreses que le amaban tiernamente como á su pastor y padre verdadero, sin perdonar para el consuelo espiritual de sus obejas, el caminar continuamente las prolongadas distancias de aquella feligresia, que es de las mas penosas de la provincia, pues se ofrecen cada

dia en ella confesiones que distan de la cabecera treinta y seis leguas.

Ocupado en este apostólico ministerio se hallaba el reverendo padre Castro á los fines del año de 1683, cuando la obediencia le mandó que leyera á los jóvenes de la provincia la sagrada teología, lo que ejecutó con tal crédito y utilidad de la provincia, que la aumentó con muchos y doctísimos ministros. Era de comprension tan sutil y pronta, que en las réplicas que se le ofrecian en las literarias palestras, si el que presidia no atendia con reflexion la fuerza del argumento, se veia repentinamente convencido. En el púlpito fué sugeto eminente, porque sobre las prendas adquiridas estaba adornado de las naturales, motivo porque en el ejercicio que tuvo despues, de misionero apostólico, convirtió innumerables almas. Fué á votarde promistro al capítulo general de nuestra seráfica familia, que se celebró en Roma el año de 1688, y habiendo votado en él se volvió á esta provincia, habiendo compuesto todo el viage en verso elegante y erudito, el cual aun hoy anda impreso, en que se conoce la elocuencia de su estilo y la erudicion de las humanas letras. Despues de haber vuelto de Roma quedó de comisario provincial de esta provincia por ausencia que hizo de ella el provincial que la gobernaba, en que dió á entender la destreza de su talento para todo; pero como el que aspira solamente á la rígida observancia de su instituto, de todo se recela precaviendo los peligros del gobierno, y mando temeroso, ó de que la provincia le ocupara en su gobierno, ó de marearse con los aires de la vanidad del mundo, ó lo que mas cierto es, deseoso de la soledad y retiro, se pasó á vivir á la Santa Cruz de Querétaro por el año de 1700.

Puesto en el retiro del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, se hizo cargo de las nuevas obligaciones de misionero apostólico, abstrayéndose ante todas cosas de la comunicacion de los del siglo, como que conocia con su talento profundo y espíritu desengañado, que nunca hicieron buen maridaje los ejercicios y tareas de las misiones con visitas familiares y continuadas de seglares, punto que debian tener impreso en sus corazones los operarios de tan santo ministerio, pues muchas veces se malogran los sudores de las misiones por estas tan daño-

sas familiaridades, pues como dijo un discreto de nuestro siglo, yo tendré por un San Pablo al predicador que solamente viere en el altar, confesonario y púlpito. Por lograr tan apreciable doctrina se retiró el reverendo padre Castro á lo interior de su celda, donde negado al comercio humano, se ocupaba solamente en la secuela, del coro, y el tiempo que le restaba en otros devotos ejercicios. En lo que puso mas esmero y cuidado fué en el de la oracion; en ella trataba con Dios los adelantamientos de su espíritu y aprovechamiento del prójimo, y como lo uno y lo otro encaminaba á la mayor gloria de Dios, se le hacia suavísimo este comercio: de la oracion salieron las saetas penetrantes de amor divino, que colocó en su Aljaba Apostólica, que anda impresa, de donde los misioneros de aquel y otros apostólicos colegios han disparado tantas contra los vicios, que solas ellas eran suficientes para convertir un mundo entero, à no estar por las culpas tan obstinado. Compuso tambien la vida del venerable padre Angulo.

Del colegio de la Santa Cruz de Querétaro le sacó la obediencia el año de 1703 para fundador del colegio de nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, donde habiendo reconocido, que tanto comercio de seglares y huéspedes, como concurrían á dicho colegio, no se hermanaba bien con el retiro que apetecia ni con la abstraccion que prescriben las bulas apostólicas á los que moran en los colegios apostólicos, se restituyó á la quietud de la Santa Cruz de Querétaro, donde ocupado en el ejercicio de las misiones y en escribir parte de la Crónica de los venerables varones de aquel santo colegio, hizo una vida penitente y religiosa, enseñando al mismo tiempo en las consultas que se ofrecían á los venerables padres colegiales, las materias mas difíciles y árduas de la teología canónica, y con su ejemplar y religiosa vida los puntos mas delicados de la teología mística. Practicando estas útiles y religiosas tareas, le cogió la última enfermedad, que, siendo de hidropesía, le previno anticipadamente la malicia del achaque, para que se dispusiese para la última jornada con todos los sacramentos, que habiéndolos recibido con muchas lágrimas y ternura, exhortó à todos con su natural elocuencia al mas fervoroso séquito de las virtudes, al celo mas abrasado de la prosecucion de las misiones, y á la

mas rígida observancia de nuestro seráfico instituto; y como su eficacia era tanta, prorumpieron todos en copiosas lágrimas, contemplando que les faltaba la luz que ilustraba sus entendimientos en la direccion de sus dudas y espíritus, y que carecian de un espejo en sus acciones con que regulaban sus operaciones religiosas. Murió de edad de setenta años poco menos en el colegio de la Santa Cruz de Querétaro, donde está enterado su cadáver, pero no la memoria de sus virtudes ni de sus elevadas prendas, despues del año de 1708.

Por estos mismos tiempos floreció en esta provincia el ilustrísimo y reverendísimo señor Don Fr. Manuel de Mimbela; nació en la ciudad de Fraga del reino de Aragon; tuvo la fortuna de ser hijo de padres nobles y muy virtuosos, que le dieron en el esplendor de la sangre, como en herencia, la virtud; cúpole en suerte una buena alma y una índole dócil y suave, en quien, como en blanda cera, la educacion y el ejemplo estampaban las virtudes. Viendo los padres su genial aplicacion á devotos ejercicios y á los empleos literarios, le aplicaron en la Universidad de Zaragoza al estudio de las primeras letras, conociendo que con la vivacidad de su ingenio, su entendimiento, tabla rasa y limpia de mundanas especies, seria materia apta para que sobresaliese en él una imágen perfecta de verdadera sabiduría. Habiendo llegado á la edad de quince años, bien instruido en las primeras letras, pidió nuestro santo hábito en el convento de San Francisco de Zaragoza, y conociendo las aventajadas prendas del mancebo, se lo dieron con mucho gusto. Portóse en el noviciado con tal esmero, que solo en el nombre fué novicio. Luego que profesó le aplicó la religion al estudio de la sagrada teología en nuestro colegio de San Diego de Zaragoza, en que aprovechó con tanto esmero, que en el primer concurso que se ofreció en la provincia, de oposicion á las cátedras, leyó tan á satisfaccion de todos, que le nombró la provincia por maestro de estudiantes. En este ejercicio se ocupaba, cuando pasó en mision á esta provincia de Zacatecas; donde en la segunda oposicion que hizo á la cátedra de teología, manifestó lo elevado de su talento en las sutilezas escolásticas. Era de génio para todo y reconociendo el prelado general de estas partes su talento, le nombró de su secretario general, para ase-